

**HOMILIA DEL 17 CONGRESO DE LA CONFEDERACION EUROPEA DE AA. AA. DE JESUITAS  
Peter Hans Kolvenbach, S.J. Bruselas, 1993**

Les agradezco sinceramente la invitación que me han hecho para celebrar con Uds. esta Eucaristía con motivo de la apertura del Congreso Europeo de los Antiguos Alumnos de los Jesuitas.

El Evangelio que ha sido escogido a propósito para esta liturgia nos acerca muy bien al centro del debate propuesto por el congreso para este encuentro: el refugiado, el inmigrante y el excluido SON el Señor mismo.

Así la Palabra del Evangelio demuestra que este Congreso, organizado para lanzar una serie de acciones concretas en favor de los refugiados, toca no solamente un deber de filantropía noble (loable sin ninguna duda) sino también toca el mismo corazón de Dios.

Es Jesús, el propio hijo de Dios, de quién se ha dicho que apenas nacido ya estaba en desacuerdo con las fuerzas políticas que tejen silenciosamente alrededor de él redes de intrigas y de hostilidad que fuerzan esa familia humilde y sin defensas a escoger la única protección posible: huir hacia un país extranjero.

Y no es únicamente para lograr una seguridad relativa por lo que, según el Evangelio, el Señor Dios "saca a sus Hijos de Egipto", este país de esclavitud. Con esta experiencia personal, Jesús cumple con el destino de su pueblo y de tantos otros pueblos: el de la emigración, de la inmigración, de la huida y del exilio.

Cuando el pueblo elegido penetra y se instala en Tierra Santa, la Palabra de Dios le recuerda siempre, como también puede hacer Ella con todos nosotros si nos atrevemos a echar una mirada hacia nuestro pasado reciente o lejano, que Dios le ha hecho salir de otro país y que en consecuencia, también debería de abrirse a los inmigrantes.

Deberíamos acoger a todos los que, como Israel en el pasado, huyen la guerra y el hambre, y se refugian en otra parte, echados por problemas de tipo político o por razones de tipo económicas

Así, cuando Job afirma que ningún extranjero que permanezca con él pasará la noche afuera porque abre su puerta al viajero (Job 31:32), es realmente a la "imagen y a la semejanza" de ese Dios que abre su corazón para acoger a un pueblo oprimido.

La primera Alianza ya manifiesta este amor peculiar de Dios hacia el extranjero, el rechazado, así como para la viuda o el huérfano. (PS 146:9)

Esta característica fundamental de Dios mismo prohíbe la más mínima huella de xenofobia y de cualquier discriminación racial en la ley de Israel, porque ese refugiado, ese inmigrante, ese excluido ante todo es un ser humano, un hijo o una hija de Nuestro Padre, un hermano o una hermana del Señor Jesús, en el cual el Espíritu de Dios brilla como la verdadera Luz que ilumina a cada ser humano cuando nace en nuestro mundo.

A fin de enseñar claramente que el amor de su Padre para los débiles es el rasgo distintivo de nuestro Dios, Jesús mismo quiere compartir la existencia de los pobres sin defensa, y de los pueblos desarraigados, que viven permanentemente en la inseguridad y son una presa fácil, siempre a merced de la explotación económica y de la manipulación política, como todo los que ocupan el último sitio, o como se puede leer ya en el Antiguo Testamento, los que son "los farolillos rojos" de la sociedad humana.' (DT 28:43-44).

Naciendo entre nosotros, Jesús experimenta el hecho de no ser recibido, de no ser acogido por los suyos, por nosotros.

**HOMILIA DEL 17 CONGRESO DE LA CONFEDERACION EUROPEA DE AA. AA. DE JESUITAS  
Peter Hans Kolvenbach, S.J. Bruselas, 1993**

Forzado a huir durante su niñez, y de cambiar varias veces de lugar de residencia por el odio o la dureza de los hombres, Jesús se identifica a los desalojados, para bendecir a los que Le acojan cuando acogen a un refugiado, y de maldecir los que no Le ayudan cuando no ayudan al extranjero. (Mt 25:31 & sig.)

El Señor Jesús encarna así en su vida el mandato de su Padre que ya aparecía en la primera Alianza "Amarás al extranjero" (Dt 10:19). Según los exegetas, es el único lugar donde el Antiguo testamento exhorta a amar a otra persona además que a Dios, o a una otra cosa además que a sus mandatos.

Protegido por la Palabra de Dios, el refugiado llega a ser el criterio de autenticidad de nuestra fe. Explotar a los refugiados, hacer poco caso de ellos o ignorarles significa abandonar al único verdadero Dios, servir a otro Dios, en lugar de al Padre de nuestro Señor Jesucristo.

En este sentido, el Congreso combate un problema fundamental que le fuerza a pronunciarse claramente según lo que constituye la esencia de nuestra fe cristiana.

Porque no es solamente cuestión de combatir la desintegración de los valores cristianos de solidaridad y de hospitalidad, de justicia y de caridad, en una sociedad donde el refugiado y el extranjero muchas veces no son más que un juguete a merced de intereses egoístas, aún quizás por parte de los que, mientras admiran de manera indubitable al Señor Jesús, su vida y su mensaje, se niegan a dejarse perturbar por las inaplicaciones sociales y financieras del Evangelio. La tarea de este Congreso no será fácil. Sobre todo si, llenando más allá del nivel confortable de las buenas intenciones y de las buenas palabras, quieren resueltamente pasar a los hechos.

Como Antiguos y Antiguas alumnos de los colegios de la Compañía de Jesús, legítimamente pueden Uds. recibir ánimos y estar orgullosos de los verdaderos progresos logrados, o en curso de realización, dentro de sus diferentes asociaciones de Antiguos y Antiguas alumnos.

De hecho, veinte años han pasado desde el Congreso de Valencia (España) durante el cual nuestro muy amado y llorado Padre Pedro Arrupe exhortó Antiguos y Antiguas alumnos a ser "hombres y mujeres para los demás", creyentes para quienes un verdadero amor de Dios es inimaginable sin un amor concreto a los que son los verdaderos pobres de nuestra sociedad humana.

Desde este desafío lanzado por el Padre Arrupe, muchos de Uds. llegan a ser más sensibles al Espíritu de Dios que les incita a ir más allá de las palabras y de la retórica sencilla, a empezar a obrar para los demás.

Hermanas y hermanos míos, por mi parte también les he pedido, en Versalles, en Palermo y en Loyola-Bilbao, la concentración de sus esfuerzos en el trabajo en favor de los más pobres dentro de los pobres: los refugiados.

Millones de hermanas y hermanos nuestros conocen, sin tener ninguna responsabilidad en el asunto, los horrores en sus vidas cuando tienen que huir de su hogar y de su país por causa de guerras, opresión, amenazas o hambre.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis les llevan hacia lugares desconocidos donde, muy a menudo, tienen que vivir sin dignidad y sin derechos, incluso sin solución de las más rudimentarias necesidades de la vida humana.

Esa gente son seres humanos, padres y madres como Uds., que aman y se preocupan de sus hijos, que de repente se encuentran como extranjeros en un país que no es el

**HOMILIA DEL 17 CONGRESO DE LA CONFEDERACION EUROPEA DE AA. AA. DE JESUITAS  
Peter Hans Kolvenbach, S.J. Bruselas, 1993**

suyo y en el que muchas veces son rechazados aún por los cristianos.

Me dió realmente ánimo de ver la resolución final del último Congreso de la Unión Mundial de los Antiguos alumnos de los Jesuitas que tuvo lugar en Loyola-Bilbao.

Allí Uds. decidieron actuar, y quisiera agregar, amar, como lo entendía Ignacio, porque el amor se demuestra con hechos y no con palabras.

Este Congreso Europeo es un punto de referencia porque aquí van a analizar los efectos, los resultados de su resolución. Aquí van a compartir sus experiencias concretas en el ámbito del trabajo en favor de los refugiados, de los emigrantes y de los excluidos.

Conociendo lo que los demás Antiguos y Antiguas alumnos están realizando, puede ser que Uds logren evitar la repetición inútil de acciones ineficaces, y, por el contrario, mejorar los compromisos de su asociación local en favor de nuestros hermanos y hermanas menos afortunados, descubriendo ideas nuevas en la experiencia de los demás.

Aprendiendo a conocer mejor a los refugiados y a los desfavorecidos, como seres humanos con sus esperanzas y sus decepciones, sus penas y sus alegrías, llegarán Uds. a reforzar su convicción de que es necesario luchar contra los prejuicios que se basan en estereotipos que refuerzan al etnocentrismo recién reavivado, el odio y la violencia hacia los extranjeros, que vemos el día de hoy en diversos lugares de Europa.

Cuando se considera a esos nuevos Europeos y a los pobres como a un pueblo de pleno derecho, pueden Uds., gracias a una mayor confianza surgida sobre la experiencia, rebelarse contra una legislación represiva, con lo que se harían

eco del posadero de Belén dirigiéndose hacia la joven pareja desconocida y necesitada.

Con la gracia de Dios, pueden Uds. encontrar la cara del Cristo en sus hermanos y hermanas extremadamente necesitados. "Si lo han hecho a uno de los más pequeños de mis hermanos, me lo han hecho a mí."